

SOBRE LA INFORMACIÓN HISTÓRICA

Franklin Pease G. Y.

A partir del siglo XIX los temas de la historia se ampliaron, también comenzó a modificarse lentamente la propia definición del trabajo del historiador; con ella se cambió la información que interesaba. Con el transcurso del tiempo se había integrado todos los temas en torno a un eje principal que, según el tipo de historia -religiosa o laica- se había centrado en tiempos previos en la teología o en la monarquía que gobernaba los hombres gracias a un derecho considerado divino. Lawrence Stone ha recordado hace algo más de diez años las frases de un profesor de Oxford en un discurso inaugural de 1848: H.H. Vaughan había precisado que “La cuestión principal que cualquier historiador debe abordar (...) es el hacer patente(s) las transformaciones críticas con respecto a las condiciones de la sociedad”¹. Así, el cambio fue introducido y reconocido como termómetro de la historia, y comenzó a dudarse de las continuidades que habían sido privilegiadas anteriormente. Stone ha recordado, asimismo, que Vaughan definía la historia como un campo mucho más amplio que el estado-nación, incluyendo en consecuencia los fenómenos sociales y culturales.

La teología había procurado a la historia una dimensión universal, restringida al Estado desde los tiempos de Machiavello o Guicciardini, si bien rápidamente centrada en la monarquía-estado moderno. Las meditaciones de Vaughan precedieron o coincidieron con muchas otras que planteaban nuevas formas de hacer y entender la historia en el siglo pasado, justamente en los tiempos en que la historiografía británica o alemana podía rescatar una continuidad desde los griegos, acunados como antepasados más gloriosos, quebrando un poco el monopolio de que había gozado Roma desde que San Agustín relacionara estrechamente su historia con la del Cristianismo.

Los hechos que atraen la atención del historiador, y que constituyen parte esencial de su información, se modificaron obviamente en ese trayecto. La historiografía clásica ya tenía un amplio criterio informativo: “El tono homérico, pasado a la historiografía, significa que el primer deber del historiador es el de recoger y conservar las tradiciones; a la crítica se sobrepone el respeto por la tradición; y puesto que la crítica no podía hacer sino revelar irreverentemente lo que estaba

escondido, Heródoto tiene sumo cuidado de no narrar detalles con carácter religioso. La cautela, el cuidado, derivaba de su valor positivo de la nueva vocación de Heródoto: quería abrir a la 'historia' el territorio de las vicisitudes contemporáneas o casi contemporáneas, que sin la ayuda del historiador habrían sido olvidadas rápidamente. Heródoto se ponía en condiciones recoger las memorias de los acontecimientos que habían ocupado centro de su adolescencia" ².

Como indica Momigliano, "La separación entre historiografía política y erudición del pasado renace con el resurgir de la autoridad de la historiografía antigua en el siglo XV y se continúa hasta época recientísima. No será azar que la única rama de la historiografía pronta a hacer alarde de un vasto aparato documental sea de nuevo la historiografía eclesiástica, importantísima, desacreditada, sin embargo, en los círculos humanísticos y poco considerada en los tratados de arte histórico. La permanencia de esta distinción explica por qué los historiadores antiguos quedan tan lejos como modelo para la historiografía moderna" ³.

En realidad, interesa precisar cuáles eran las preocupaciones básicas de los historiadores clásicos, renacentistas o contemporáneos (asumiendo arbitrariamente tres momentos), en el caso específico de seleccionar la información, emplearla adecuadamente o desecharla.

Los datos adquieren nivel y complejidad en cada forma de escribir historia. La narración de un Heródoto buscaba que el lector (el oyente) adquiriera una comprensión global; tal cosa era posible porque entonces se pensaba que el público al que el historiador se dirigía era, obviamente, la multitud en una plaza o teatro. La misma opinión puede tenerse del historiador renacentista, dirigido a un público restringido siempre -en tanto lector- pero mucho más extenso en cuanto oyente de historias. Justamente el peso del público oyente hacía que en el siglo XVI siguieran teniendo vigencia las narraciones de carácter arquetípico, que proponían modelos ejemplares de conducta: aquí se mezclaban los relatos destinados a promover por el ejemplo la perfección espiritual, con aquellos que proponían como modelos de conducta los comportamientos nobiliarios (caballerescos).

En el siglo XIX, la imagen de una historia ejemplarizadora dejó paso a otros criterios, como los indicados por Vaughan, y la historia comenzó a dejar de ser "maestra de la vida", con mayor peso ético, para convertirse en la experiencia organizada de las más variadas actividades humanas. Al abandonarse los relatos

ejemplares, los historiadores debieron introducir abiertamente la prueba de sus afirmaciones particulares. Es bien sabido que desde el último tercio del siglo pasado la historia dejó de ser paulatinamente una ocupación de hombres cultos y pasó a ser entendida como un trabajo profesional universitario; desde allí definió su objetivo más importante en el estado-nación. Paulatinamente, los historiadores comenzaron a hacer más restringido su universo de lectores, hasta que puede decirse que la mayor parte del trabajo histórico contemporáneo está destinado a ser leído por colegas, historiadores con formación universitaria.

LAS AFIRMACIONES Y LAS PRUEBAS

La gruesa distinción anterior en tres momentos, hace posible definir tres formas de aproximación a la información, así como un número igual de actitudes probatorias.

Los griegos redujeron mucho de su historia al pasado reciente. Tucídides es el más conocido ejemplo, pero podemos emplear a Jenofonte con igual certeza. La información oral era, allí, la fuente más segura. Desde Tucídides, la política definió el espacio principal, sin olvidarse en todo momento el carácter ejemplar de la memoria. En este primer caso, la información es necesariamente factual; su naturaleza oral restringe el ámbito de la prueba a la confiabilidad del informante o del narrador. No es muy distinta la situación de un historiador romano, como Tácito, quien revisó las actas de las reuniones del senado ⁴ para la elaboración de sus *Anales*, o de un Julio César escribiendo sobre sus campañas en la Galia o durante la Guerra Civil. Pero si se aprecia que en ambos casos se introduce al menos la posibilidad de contrastar la información propia con la proporcionada por otra fuente. Así, tratándose de historias recientes, no se excluía la divergencia que hacía nacer la opinión como algo valorable.

Sin embargo, la cuestión es distinta en Tito Livio, cuando él escribió sobre los orígenes de Roma y efectuó una primera *alegorización* de las informaciones míticas, adecuadas a una cronología ya aceptada. Aquí entró en juego un criterio distinto: emplear datos sobre el pasado remoto, que no pueden ser generalmente contrastados con información contemporánea. Tito Livio aceptó que la contemplación del pasado. puede “perturbarle de la contemplación de las desgracias que han afligido por tanto tiempo nuestra época” ⁵. La .aceptada visión histórica del célebre romano justificó la conversión de la *Iliada* en la historia antigua de los atenienses. Tito Livio efectuó una alegorización, así,

secularizó la información. Nos informa que los mitos originarios son sus más antiguas historias y establece en su escrito la autenticidad del pasado de la ciudad concebida como un estado. “No se me oculta [informa], en efecto, que se trata de hechos no sólo antiguos, sino conocidos, pues son infinitos los historiadores [el texto latino precisa *scriptores*] que se jactan de presentarlos con una mayor exactitud o de superar con las galas de su estilo la primitiva rudeza de sus predecesores” ⁶. Pone un límite que no afecta su credibilidad, sin embargo, afirma que “No es mi intención admitir ni rechazar los hechos que, según la tradición [oral], fueron anteriores a la fundación de la ciudad u ocurridos en los primeros tiempos de la misma, hechos que se presentan más embellecidos por la fábula que apoyados en seguros e incontrovertibles testimonios. Es privilegio de la antigüedad hacer más ilustres los orígenes de las ciudades, entremezclando lo humano con lo divino...” ⁷.

Los pocos ejemplos griegos y romanos que puedo ofrecer aquí resultan progresivamente importantes para verificar el paso siguiente de la historiografía renacentista, especialmente en cuanto la americana -derivada ciertamente de aquella- emplea similares tácticas para admitir y procesar la información. La antigüedad desde entonces glorificaba los orígenes, aceptaba la continuidad: la historia era una filiación desde los más antiguos mitos, si bien se verificaba casi únicamente la información contemporánea. En el discurso histórico de aquel tiempo se privilegiaban las informaciones de la antigüedad, obviamente convertidas en ejemplares; así, los antiguos se convirtieron en los modelos a seguir, y por ello la historia era una *magistra vitae*.

El renacimiento produjo situaciones dispares, pero que requieren ser examinadas. De una parte, se aceptó la forma de trabajar de los estudiosos que centraba en el poder y restringía a las ciudades la noción de la historia y, por cierto, la identidad. La *Historia de Florencia* de Machiavello se definía como la escritura de las “empresas del pueblo florentino dentro y fuera de sus fronteras”, quiso ser asimismo en sus inicios una historia “contemporánea” (los tres primeros libros, que se remontan a la invasión de los bárbaros, son casi una introducción), y deseó empezarla (señaló en el proemio) “partiendo del año 1434 de la era cristiana, año en que la familia de los Medici, gracias a los méritos de Cosme y de Juan, su padre, alcanzó más autoridad que otra ninguna en Florencia”; opuso su criterio al de otros historiadores de sus tiempos, que habían cuidado más de hablar de los hechos de los florentinos en relación con los extranjeros que no detallando la vida local de la ciudad; ello lo obligó a ocuparse de tiempos anteriores. Su historia finalizó con la muerte de Lorenzo de Médicis (1492).

Pero la actitud de Maquiavelo, que recuerda la anteriormente indicada comprobación de las noticias contemporáneas y el peso constante de la información oral y la historia aceptada, contrasta ciertamente con otros criterios, muy frecuentes en sus tiempos. Apenas iniciada la segunda mitad del siglo XV, un comprador de antigüedades que tenía acceso frecuente a Cosme de Medicis, vendió a este un ejemplar manuscrito e incompleto del *Corpus hermeticum*. Se afirmó que su autor era Hermes Trismegisto y el texto fue traducido por Marsilio Ficino, uno de los más prestigiosos intelectuales de la época. El *Corpus hermeticum* decía resumir la sabiduría de la antigüedad; Hermes Trismegisto era una fantasiosa confusión del Hermes griego con el Toth egipcio.

El prestigio que alcanzó la traducción de los papeles herméticos no fue únicamente un asunto esotérico. Privilegiaba el conocimiento de la antigüedad, considerada en su extremo como una edad de oro. Hermes Trismegisto fue reconocido como un personaje real, se empleó *autoridades* de prestigio, como Lactancio y San Agustín, para justificar su aceptación, aun canónica. “Lactancio, en sus *Instituciones*, prosigue diciendo que este Hermes egipcio, a pesar de que tan sólo fuera mortal, era tal su antigüedad y estaba tan perfectamente dotado de todo tipo de saber, que su conocimiento profundo sobre tantas materias y artes le hizo acreedor del nombre de Trismegisto. Escribió gran número de libros dedicados a exponer el conocimiento de las cosas divinas...”⁸. Adquirió fama la afirmación de Lactancio acerca de que Hermes había sugerido, de alguna forma el advenimiento del verdadero conocimiento de Dios; escribió, según los textos entonces empleados: “El Señor y Creador de todas las cosas, a quien con toda justicia le hemos llamado Dios”. La imagen del Hijo de Dios fue trasladada a través de autores griegos primigenios -Homero- hasta Hermes, convertido de esta manera en una suerte de proto-profeta. Por otro lado, San Agustín criticó los escritos de Hermes, aceptando entonces su realidad, e incluso en una página de *De Civitate Dei* escribió “este Hermes dice sobre Dios muchas cosas ajustadas a la verdad”⁹.

La edad de oro se identificaba con la perfección del conocimiento; el oro primigenio, el primer metal, representaba el primer pasado glorioso vinculado a los dioses; también a los restos fabulosos del mismo. De esta forma, aun considerando la presencia de falsificaciones de tal naturaleza, el pensamiento renacentista restituyó prestigio a la antigüedad, un prestigio más entendible si los antiguos eran los antepasados.

Otro ejemplo que deseo emplear ahora es el de una distinta falsificación histórica, redactada por un fraile dominico italiano, Giovanni Nanni quien firmaba, según

norma de los tiempos, como Annio de Viterbo; había alcanzado fama de sabio y gozó de favores papales; su reputación se habría basado en escritos sobre el imperio turco (Giovanni Nanni, *Tractatus de Imperio Turcorum*, Génova 1471), aparentemente originados en sus propios sermones, pues Nanni propuso una cruzada e incluso propugnó la identificación de Mahoma con el Anticristo. Editó a fines del siglo XV una serie de autores helenísticos supuestamente rescatados del olvido de los tiempos: Beroso, Fabio Píctor, Marco Porcio Catón, Menethón, etc. En 1499 fue nombrado por Alejandro VI *magister sacri palatii*. Murió en Roma en 1502. En 1498 publicó en Roma *Antiquitatum variarum volumi XVII cum commentariis*.¹⁰

Como se indicó, “resucitó” autores perdidos. Fabio Píctor, por ejemplo, fue uno de los historiadores iniciales de Roma, aunque, como era común en sus tiempos, escribió en griego; poco se conoce de él, aunque se sabe que de su Historia, sólo se conservan fragmentos que relatan acontecimientos de la segunda guerra púnica, en la cual participó; asimismo es conocido que Fabio Píctor fue la fuente más utilizada por el historiador helenista Polibio sobre este último conflicto.¹¹ La más célebre entre las falsificaciones de Annio de Viterbo fue la obra de un autor caldeo llamado Beroso; de éste no se conoce obra alguna completa, sino fragmentos conservados por otros escritores, como Flavio Josefo o Eusebio. Annio de Viterbo editó a Beroso, incorporándole una serie de historias de su propia cosecha. Beroso había escrito una historia de Babilonia y un análisis de su tiempo, pero Annio de Viterbo se las arregló para añadirle unas versiones ampulosas que hacían llegar a España -ya identificada como tal, a su juicio, a fines del siglo III e inicios del II a.C. cuando escribió Beroso- a Túbal, nieto de Noé e hijo de Jafet. De esta manera, podía establecerse la antigüedad del reino hispánico, pues de éste derivaría la monarquía española.¹² Como era costumbre en sus tiempos, Annio de Viterbo buscó un mecenazgo político al dedicar su obra a los Reyes Católicos, y al publicar su libro estaba trabajando a órdenes del embajador castellano en Roma. Su propuesta hizo palidecer las discusiones en boga sobre la presencia de Hércules en España, puesto que proporcionaba una alternativa “histórica” frente a una más fácilmente calificable de mitológica o abiertamente fabulesca.¹³

Los casos mencionados de los papeles de Hermes Trismegisto y las invenciones de Annio de Viterbo hacen ver que en el Renacimiento existían aún criterios muy amplios para conferir el carácter de verdadera a una información. En los autores mencionados se aprecia que podía aceptarse cualquier contexto verosímil sustentado en el prestigio de la antigüedad y relacionado de alguna manera con la historia verdadera contenida en la Biblia. Colaboró con ello la secularización

de los mitos griegos, convertidos en alegorías desde la “recuperación” humanista de la antigüedad greco-latina. Hércules o Túbal no eran imposibles. La configuración cristiana del *milagro* cubría, además, toda posibilidad: servía, por ejemplo, para explicar la presencia del apóstol Santiago en Galicia, en medio de un contexto verosímil: una barca había conducido los restos del apóstol y mártir hasta su última morada. Hércules, Túbal y Santiago configuraban los extremos de la información proveniente de la antigüedad laica (la edad de oro griega), y de la antigüedad judeo-cristiana (la Biblia).

Los anteriores asuntos parecerían hasta cierto punto extraños a nuestra reflexión, si no pudiéramos comprobar que fueron empleados como “certeras evidencias” para explicar la historia del país de los Incas en el propio siglo XVI. Gonzalo Fernández de Oviedo podría entonces afirmar que, como Hércules había dominado las Hespérides, y él (Oviedo) estaba convencido de su identidad con las Antillas, el dominio de los reyes católicos sobre la América insular tenía la antigüedad de Hércules. De igual forma, al aceptarse como evidencia que todos los seres humanos procedían de Noé, se perfiló de igual forma la filiación de los Incas y sus antepasados andinos. Al margen de los autores europeos que opinaron al respecto, Felipe Guaman Poma no dudaba en confirmar que los hombres de la primera “edad” andina, Uari Uiracocha runa, eran descendientes de “Noé del diluvio”.

Se observa que la manera de emplear la información y de verificarla, consiste en su contrastación con una “historia previamente aceptada”, sin riesgo alguno de alterar ésta, pues el riesgo de la contrastación la asume únicamente la nueva información que se adquiere o incorpora al conocimiento. Así, la historia era obviamente verdadera, inalterable, por tanto seguro espejo en el que confrontar las calidades que se esperaban del presente y sus hombres. Por ello tenía sentido el magisterio ético y moral del pasado. Asimismo, adquiría progresivamente sentido la acumulación de una gigantesca erudición, sustentada en el prestigio de las autoridades, los autores antiguos que, de la misma forma en que Guaman Poma lo plasmó en su *Nueva crónica*, tenían mayor cercanía al verdadero conocimiento. Poco importaba a este respecto, que las “noticias” pudieran o no ser comprobadas, siempre y cuando se atuvieran al criterio establecido.

Así aparecieron las informaciones sobre regiones extremas del mundo, pobladas por seres monstruosos, que en ocasiones podían vivir bajo patrones edénicos (así se identificó la desnudez de los habitantes antillanos o amazónicos, incluso en el propio y perdido Paraíso Terrenal.

SOBRE LA INFORMACIÓN HISTÓRICA

En el siglo XVI, sin embargo, adquirió progresiva fuerza la otra tendencia, anunciada en Maquiavelo, que privilegiaba la historia como herramienta política, es decir, del gobierno ejemplar de los hombres. Esta historia precisaba de la información contemporánea, empleada de manera muy distinta a como se utilizaba la “antigua”; es decir, buscando la confrontación testimonial y no necesariamente la adecuación a una “historia verdadera”; es cierto que en la confrontación testimonial primaba una suerte de razón de estado que justificaba la propia monarquía, a la cual se atribuía orígenes mitológicos, ergo sagrados. Así la información que adquiriría el historiador podía alcanzar a mezclar ambos criterios: valorizar altamente la información oral que informaba acerca del pasado reciente, y aceptar únicamente aquella información que confirmaba la versión aceptada de una historia antigua.

Hubo, sin embargo, una importante excepción: en América, al adquirir una información sobre nuevas realidades, los historiadores del siglo XVI vistieron el pasado americano con ambos criterios: adaptaron la historia más antigua a los patrones bíblicos, pero también cubrieron las instituciones con un ropaje diseñado según las necesidades políticas o las utopías tan en boga en el pensamiento europeo de la época. Así, el Cuzco fue definido en términos romanos (Pedro Sancho, Pedro de Cieza de León), y como un “umbilicus mundi” (Garcilaso de la Vega); al mismo tiempo, las panacas cuzqueñas fueron dibujadas como demos griegos, descendientes de un antepasado común, cuando los grupos de parentesco andinos son más claramente identificados con una *pacarina* -identificada como lugar de “producimiento”- que con un antepasado dinástico; las conquistas incaicas fueron asemejadas a modelos concretos, como los proporcionados por las expediciones de Julio César; finalmente, elementos de la organización social o de la religión fueron presentados claramente de acuerdo a informaciones clásicas mediterráneas.

De esta manera, las informaciones sobre el mundo andino adquirieron características particulares, entremezclándose en ellas datos provenientes de la experiencia histórica europea, con otros ciertamente andinos. El problema es que los historiadores de los siglos XVI y XVII no se encontraban en condiciones de distinguir claramente entre ambos conjuntos de datos, y han propuesto un considerable conjunto de equivocaciones a la investigación posterior, que consideró que ellos habían escrito de acuerdo siempre a sus observaciones, a las historias recogidas oralmente, a su evidencia “etnográfica” en suma.

Quedan muchos interrogantes en torno a esta problemática, pero se aprecia la tendencia a teñir la información con prejuicios etnocéntricos, con

“conocimientos” provenientes de la experiencia histórica propia, con reflejos del presente.

El último punto que deseaba explicar es el relativo a la historiografía más reciente, desde que los historiadores se convirtieron en profesionales a partir del último tercio del siglo pasado. Para nadie es un secreto que desde entonces el universo de la disciplina se hizo concretamente universitario en Europa primero. En el Perú el asunto fue más tardío y la primera generación de historiadores profesionales inició sus labores después que la tendencia habíase definido en Europa.

Es conocido que se ha perfeccionado notablemente los instrumentos de crítica histórica que hacen posible definir la autenticidad de un documento, pero no siempre puede decirse lo mismo acerca de la veracidad de su información, excepto cuando ésta proviene de documentación *involuntaria*. Los historiadores hemos otorgado carácter de *repositorios* de información a libros escritos por colegas de otros tiempos; tal ocurrió con los cronistas medievales y, ciertamente, con los americanos. Al no tratarlos como partes de una historiografía de época, perdimos de vista que sus informaciones habían sido procesadas de acuerdo a las diferentes tendencias, situaciones, presiones ideológicas o historias aceptadas en cada momento. Esa tarea se está haciendo nuevamente, como consecuencia de tal olvido.

Pero existe otro tema de capital importancia en la historiografía profesional contemporánea. Aun entendiendo que se escribe para colegas, no se ha logrado en todos los casos *purificar* la información. Por ejemplo, los historiadores de la demografía trataron durante mucho tiempo de igual manera los datos obtenidos de censos o parroquias europeas, y los disponibles en América, por ejemplo. Pero la fidelidad de los censos demoró mucho tiempo en ser una realidad, de igual forma que las numeraciones eran afectadas por la distinta organización de la población. Sólo en años recientes puede verse que las cifras que antes se pensaban eran siempre *frías*, podían estar particularmente cargadas de subjetividad (como en el caso de los encomenderos -o sus subordinados- que informaban sobre la gente que podía ser encomendada), o convertidas en atemporales, como ocurrió con los datos demográficos recogidos a lo largo de varios años por el carmelita Antonio Vázquez de Espinosa, y que correspondían a informes censales de diversas décadas, al emplear a Vázquez de Espinosa como “fuente” no se cayó rápidamente en la cuenta que sus datos correspondían a veces a fechas muy anteriores a 1628, fecha de terminación posible de la redacción de su *Compendio*.

Así ha ocurrido en muchos casos en los que no se ha precisado con la claridad suficiente la diferencia entre un hecho histórico construido por un historiador o por otro; en cada caso se hace imprescindible interrogar por la forma de conseguir la información, así como sobre la manera de procesarla. Amparados en una discutible versión de la "verdad histórica", los historiadores nos hemos atrincherado muchas veces en datos discutibles o confusos, repitiendo prejuicios o equivocaciones. Como ejemplo de los prejuicios, recuérdese la imagen de una Edad Media como la conocida a mediados del siglo pasado, que tanto ha influido en la noción de un "antiguo régimen"; en ella la noción *señorial* ha sido tomada de la casi caricaturesca sociedad "señorial" del XVI al XVIII inicial, tan distinta de la de los siglos X al XIII. Como ejemplo de las confusiones de datos, téngase presente el caso de confundir la "medición" agraria de un *tupu* andino, o de un *tonel* confundido con tonelada. La erudita discusión de estos asuntos no es un preciosismo, sino imprescindible necesidad de aclarar las cosas.

Al escribir sólo para otros historiadores, hemos perdido de vista la información razonable -la que el lector acepta porque lo convencemos-, y la hemos reemplazado muchas veces con la simple referencia a una autoridad; de esa manera se ha convertido muchas veces equívocos en verdades aceptadas. Para hacer nuevamente de la historia una disciplina formadora de criterio -quizás el mejor logro de la Universidad- debemos volver a dialogar con el oyente y el lector, y hacerlos partícipes de aquello que es posiblemente la mejor finalidad del trabajo del historiador: formar una opinión razonada y aceptable acerca de los hechos de los hombres, en busca de la comprensión que reclamaba Marc Bloch, un historiador fusilado por la incompreensión totalitaria hace cincuenta años. □

Notas

1. Muchas de las discusiones de esta primera parte se originan en la lectura del libro de Lawrence Stone, *The Past and the Present*, Routledge & Kegan Paul, 1981 [hay versión castellana en el Fondo de Cultura Económica, México, 1980], cf. p.16.
2. Arnaldo Momigliano, *La historiografía griega, Crítica, Barcelona, 1984, p.95.*
3. *Ibidem*, p. 101.
4. Loc. cit.

5. *Tito Livio*, Desde la fundación de Roma, *ed. bilingüe, trad. Agustín Millares Carlo, UNAM, México, 1955, p. 5.*
6. *Ibidem*, p. 2.
7. *Ibidem*, p. 6, 7.
8. *Frances Yates*, Giordano Bruno y la tradición hermética, *Ariel, Barcelona, 1983, p. 23.*
9. *Cit. en Yates*, p. 27.
10. *Eduard Fueter*, Historia de la historiografía moderna, *traducción de Ana María Ripullone, Nova, Buenos Aires, 1953, I, pp. 150-151.*
11. *James T. Shotwell*, Historia de la historia en el mundo antiguo, *traducción de Ramón Iglesia, Fondo de Cultura Económica, México 1982, pp. 294-295, passim.*
12. Berosi. Chaldei Sacerdotis. Reliquorumque consimilis argumenti autorum. De antiquitate Italiae, ac totius orbis, eum F. Ioan Annii Viterbensis Theologi comentatione & auxes at verborum rerumque memorabilium indice plenissimo, [1498], *Apud Joannem Temporalem, Ludguri 1555. Agradezco al profesor Juan Gil, en Sevilla, haberme permitido consultar su ejemplar de esta edición. Véase Shotwell, pp. 118-120, passim, y Benito Sánchez Alonso, Historia de la historiografía española, 2ª ed., Madrid 1947, I, pp. 371, passim.*
13. *Robert B. Tate*, Ensayos sobre la historiografía peninsular del siglo XV, *Gredos, Madrid 1970, p. 27, passim.*